

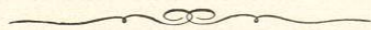
sición de ésta y el lugar que ocupa, indican claramente que él mismo se la tatuó: está colocada en la extremidad superior y cara interna de la pierna derecha, abajo del cóndilo interno. El segundo, figura XCV, es un venado que ocupa la cara anterior del antebrazo derecho. Esta figura, como la semejante del otro reo, las calcaron de una marca de papel para cigarros. Los dibujos de ambos reos fueron hechos con humo de *ocote*, y llevan de tatuados dos años.

Los otros dos tatuages, que uno de los presos lleva en la región precordial, y el otro, en el lado derecho del pecho, son respectivamente, una custodia y una virgen de Guadalupe; pero estas figuras ni están muy claras ni bien dibujadas.

La plancha XVIII corresponde á los tatuages de dos homicidas, uno de Cholula (Distrito del centro), y otro de Chiautla (Distrito del sur), y á las fotografías de dos pedazos de piel tatuada que se conservan en el Museo del establecimiento, y de las que después trataremos.

La figura XCVI representa una espada con las iniciales del reo D. P. y las de su querida J. T. Está colocada en la cara anterior del antebrazo derecho. Tiene, además, en el antebrazo izquierdo, el retrato de su querida; pero por estar muy borrado (el tatuage lleva dos años de existencia), no se pudo fotografiar.

• La figura XCVII, correspondiente al reo de Chiautla, es un venado, que, como los otros, fué calcado de la marca del papel para cigarros, y lo trae en la cara anterior del antebrazo derecho. Este tatuage está perfectamente claro, lo que hizo fácil su reproducción. No pasó lo mismo con la figura de un Cristo que trae en la región precordial y que apenas se distingue, no obstante que hace año y medio que se tatuó. Se comprende, y así lo expresa el tatuado, que las figuras que son apenas perceptibles, es debido á lo superficialmente que se introdujeron las agujas en el momento de tatuar. Estos dos últimos asilados son de oficio pastor, solteros, de 25 años uno y de 35 el otro; ambos tatuados en la cárcel, y con igual substancia, humo de *ocote*.



## CAPITULO X

## Causas del tatuage.

**T**ODOS los autores que en esta obra llevamos enumerados, cuya opinión he consultado respecto á las causas que mueven al hombre á tatuarse, están conformes en la influencia que tienen los factores de orden moral, que á continuación referimos. La venganza, la vanidad y la excitación del apetito genésico, según Corre; la pasión del odio, agrega Marro; la religión, la imitación y la ociosidad, añade todavía Lombroso, son, en conjunto, las causas determinantes del tatuage. Pero todas estas causas no son igualmente influyentes en el ánimo del delincuente; se comprende que el temperamento y el estado pasional del hombre, juntos con las circunstancias especiales que concurren en la comisión de su delito, deben superar en unos más que en otros, como factores determinantes del fenómeno.

Todavía más: es tan complejo, en mi concepto, el fenómeno; procede de fuentes tan distintas, aunque de la misma especie (por venir todas de sentimientos primitivos), que se necesita, para su buena inteligencia, hacer una clasificación de las causas que llevan al sujeto á tatuarse.

Las causas son de dos órdenes: principales y accesorias, ó sean, remotas y próximas. Las primeras se refieren á la fuente de donde procede la tendencia á adornarse, que no es otra que el atavismo, en que nos ocuparemos más adelante. Las segundas ó accesorias, son de las que accidentalmente intervienen para la verificación del fenómeno, y las que no pueden invocarse sino en pequeña parte, en favor de los delincuentes, según la opinión de Laurent.



Nosotros, que hemos meditado este punto, juzgamos como Laurent y Lacassagne, que las causas arriba mencionadas no son igualmente poderosas, aun tomadas aisladamente, sino que entre las accesorias, la principal es la ociosidad, la holganza, el no tener qué hacer; se tatúan «por matar el tiempo,» como decían á Lacassagne algunos de sus tatuados; «por no dejar,» como me han dicho á mí aquellos á quienes he preguntado el motivo de su tatuage.

Lombroso y otros autores creen que la vanidad es la causa más poderosa del tatuage en los delincuentes actuales, lo que hace que se pinte la mayor parte de ellos sus figuras en el pecho ó en la cara anterior de los antebrazos, principalmente del derecho.

Pero la vanidad supone el deseo de parecer bien para atraerse las miradas de los demás; y si es verdad que esta afición es común á todos los hombres y por eso buscan el adorno, también lo es que el delincuente, al tatuarse, no tiene la idea del bien parecer: primero, porque no descubre sus marcas, sino por excepción, y no puede servir de satisfacción, como adorno, aquello que se oculta y causa vergüenza; segundo, porque los tatuages, entre muchos delincuentes, tienen por origen próximo un sentimiento primitivo, como la venganza, el odio, el amor salvaje ó impúdico, ó no tienen significación para los portadores, como los imitativos ó los hechos por simple pasatiempo, y este conjunto de hechos está lejos de reconocer como causa principal la que le asigna el Dr. Lombroso.

El Dr. Laurent opina que el delincuente se tatúa por mera diversión, y que generalmente el malhechor no trata de producir ningún efecto al tatuarse. Dice que, interrogados por él, casi todos no sabían por qué estaban tatuados, y que los estimula el espíritu de imitación ó el de ociosidad.

En efecto, la ociosidad es, entre las causas próximas, la que más influye en el ánimo del delincuente para producirse esos tremendos grabados que, no obstante su *disvulnerabilidad*, han debido costarles muchos dolores primero, y muchas contrariedades después.

La ociosidad es causa de malos hechos, porque la actividad física inconsciente y la psicológica espontánea, buscan fatal y necesariamente un empleo, so pena de insoportable contrariedad para el sujeto.

Un niño no podría vivir si se le impidiese dejar de hacer algo

1 Al hablar de la evolución del tatuage, hicimos la división de las causas que lo han hecho variar, y en ella no encontramos esta causa como fundamental.

en todos los momentos de su vida de vigilia. Si tiene en la mano un lápiz, garabatea muebles, paredes, cuanto encuentra, con el intento de dibujar los animales que le son más conocidos, como perros, caballos, y por último, el hombre; si por acaso tiene unas tijeras, la primera víctima es él mismo: las pestañas, las cejas, el pelo y, por último, la ropa, caen bajo el filo del instrumento, y seguiría haciendo destrozos, si la madre no pusiera fin, por el momento, á esa actividad inconsciente, que se hace más clara y más eficaz, á medida que el niño crece.

Toda facultad que se ejercita es acompañada de algún goce, tanto más expresivo cuanto más cohibido estuvo el sujeto para poner en acción dicha facultad; y este placer proviene del desahogo de la fuerza nerviosa, cuya tensión aumenta en proporción que se impide el efecto de la descarga, que debe transformarse en movimiento.

Cuando el criminal, que por naturaleza es flojo y trata de excusarse de todo trabajo, está sujeto á la inacción, á no hacer nada, como sucede en ciertos establecimientos penitenciarios en que rige el sistema celular, pide á gritos algo que hacer, cualquier trabajo que lo prive del suplicio de la inacción, que dice ser mil veces peor que el de la privación de la libertad.

J. Astor, en su interesante obra sobre la prisión celular, dice á este respecto: «La gran mayoría de los prisioneros se compone de perezosos, ociosos; de gentes que nunca han querido hacer nada. El aislamiento, sin embargo, les es tan pesado y les causa un fastidio de tal modo insoportable, que están unánimes en reclamar trabajo, desde que se les somete á este régimen de prisión.»<sup>1</sup>

El director del presidio de Mazas, decía en su relación de 1883: «Respecto al trabajo, puedo decir que no hay más que una voz en la casa; todos los detenidos, desde su entrada, reclaman el trabajo. Los detenidos aislados encuentran en el ejercicio un precioso alimento á su actividad, y un derivativo á las ideas negras que los persiguen.»

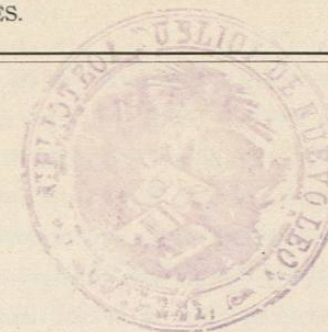
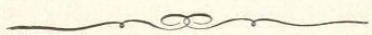
Esto prueba con toda evidencia, que la ociosidad induce al presidiario, al soldado, al marinero, á pintar su cuerpo con las figuras que le sugiere la exaltación de su sentimiento.

Y esta aserción se prueba con el hecho contrario, con el fenómeno elocuentísimo, de que salen de los presidios menos individuos tatuados, y tiende á declinar esa costumbre tan generalizada en otro

1 J. Astor, «Ensayo sobre la prisión celular en Francia y en el extranjero.»



tiempo, desde que nuestros gobiernos, menos guerreros, más civilizados, moralizados y amantes de la vida industrial y pacífica, se han posesionado del principio filosófico y positivo, de que el trabajo regenera al hombre, y han encendido esa antorcha civilizadora en los cuarteles y cárceles, impidiendo la ociosidad fecunda y nociva.



## CAPITULO XI

### Tendencia de nuestros delincuentes á ocultar sus marcas.

**P**ARA hacer resaltar la resistencia de nuestros criminales á lucir sus marcas, y probar una vez más que la vanidad, el amor propio y el deseo de parecer bien á los demás, aunque sentimientos todos primitivos y fuentes del tatuaje, no influyen directamente en aquellos, empezaremos por transcribir un párrafo de la bien escrita obra del Dr. A. Corre, titulada *Los criminales, caracteres físicos y psicológicos*. Dice así: «Para reconocer el valor desde el punto de vista que nos ocupa, sería necesario ver la dosis de estoicismo que un bandido puede afectar en medio de sus compañeros, por cinismo ó por vanidad. Los criminales gustan de las posiciones y de los tatuajes; son para ellos una credencial, siempre visible, de sus proezas; una protesta permanente ó un desafío á la sociedad. Son los pergaminos que han adquirido á precio de un sufrimiento no reconocido, bajo pena de desmentir su reputación.»

Estas elocuentes palabras que traza la bien cortada pluma de Corre, dan una clara idea de lo afecto que es el delincuente europeo á mostrar sus tatuajes, por más que esta regla general tenga sus excepciones, como adelante veremos.

En nuestros criminales tatuados sucede todo lo contrario; ocultan por todos los medios que les es posible las figuras que tienen en el cuerpo. Cuando se les manda desnudar para hacer alguna



inspección, aunque no la motive el tatuaje, se manifiestan recelosos y avergonzados de descubrirse delante del médico; substraen hábilmente á las miradas investigadoras del facultativo los tatuajes que portan. Con una astucia ampliamente desarrollada, el delincuente tuerce sus miembros ó los dobla con viveza para impedir que sean vistas sus marcas. Si el pecho es el lugar del tatuaje, al quitarse la camisa se inclina fuertemente hacia adelante para cubrir con la cabeza ó por la simple posición la parte tatuada: al levantarse recoge la camisa entre las manos, y la lleva al pecho aparentando tener frío. Si la figura está en un antebrazo, que es lo frecuente, el criminal se quita la camisa con rapidez y la deja pendiente del brazo que tiene la figura; si en el vientre ó en los muslos, aparenta bien un falso pudor que le impide descubrir la región, y se resiste cuanto puede á bajar sus ropas, las cuales son reemplazadas por las manos para encubrir, cuando no puede más. Cuando está en las piernas el tatuaje, el portador baja el calzón con violencia y lo suspende á la altura en que se encuentra la marca.

Todos, en fin, hacen lo posible por ocultar sus tatuajes, y cuando han sido descubiertos, aparentan cierta extrañeza, y pretenden hacer creer que no saben cómo les pintaron *eso*. Muchos tratan de excusarse diciendo que fué por ociosidad, *por no dejar*, es decir, sin objeto; otros, que estando ebrios, los compañeros de prisión los *pintaron*, y que al *despertar* se encontraron con *eso*. Pocos, muy pocos son los que después que se les descubrió lo que con tanto cuidado ocultaban, expresan el motivo que los indujo á tatuarse: y los que esto hacen son los que, movidos por una pasión amorosa, desean perpetuar el nombre de su amada, grabándolo en su propio cuerpo.

Es tal la persistencia en ocultar sus tatuajes y la culpabilidad ó participio que tuvieron en la operación, que generalmente recurren al pretexto de la embriaguez, estado en que dicen se encontraban cuando los tatuaron. En algunos puede ser esto una verdad, y el Dr. Laurent afirma que en idéntico estado han sido tatuados muchos de los tipos que le sirvieron para tratar este punto en su magnífica obra *Los habituados de las prisiones de París*; pero por eso no disminuye de importancia el hecho de la ocultación obstinada de los tatuajes.

M. Tarde dice respecto á la ocultación y á la causa próxima del tatuaje, lo siguiente: «Todo esto es una pura diversión; ó por la *pasión desocupada*, es insignificante é inútil. El malhechor no trata

de producir ningún efecto divirtiéndose así, dibujando figuras de fantasía sobre las partes de su cuerpo *que oculta habitualmente*.»

Acasò cause extrañeza la explicación que voy á dar del fenómeno al ver el motivo en que lo fundo, toda vez que es en un sentimiento ajeno, por lo regular, al presidiario y al hombre poco civilizado; pero la manera de conducirse el tatuado al ser reconocido, la identidad de causa que expresan todos al ser interrogados respecto á la ocultación de sus tatuajes, y por último, la semejanza de estos hechos en individuos que están fuera de la jurisdicción de los reglamentos penitenciarios, me hacen aceptar como un hecho cierto la causa que yo atribuyo á dicha ocultación.

El muy bajo nivel intelectual de nuestros indígenas delincuentes, que no tienen conciencia de lo que son ni de lo que valen, socialmente hablando; que no saben si pueden disponer libremente de su propia persona, haciendo de su piel el libro de la historia de sus hazañas, de sus amores, etc., podría hacer suponer que la insistencia en ocultar sus tatuajes era debida al temor de ser perjudicados con la agravación de su pena, dada la ignorancia que tienen en asuntos de justicia.

Pero he notado también esta obstinación en individuos que no tenían motivo para temer reprensión alguna, porque en el momento á que refiero mi observación, no había autoridad que temer. Quiero hacer alusión á este hecho: durante quince años reconocí como médico militar, á individuos de todas partes de la República para saber si tenían las condiciones físicas é intelectuales que la ordenanza exige en el soldado, ya se presentaran voluntariamente á prestar sus servicios, ya se les llevara como contingente de los distritos para cubrir las bajas en los cuerpos: durante ese tiempo he observado constantemente que estos individuos ocultaban sus tatuajes con la misma viveza que los asilados de las prisiones, no obstante que no debían abrigar temor ninguno de mostrarlos. Les he preguntado el motivo de su reserva y la significación de las figuras que aparecen en sus brazos, y aun éstos se han negado á responder, pretextando ignorancia.

No es, pues, el temor lo que los induce á ocultar sus tatuajes: es la conciencia, aunque oscura, de su propia degradación social; la denuncia de las faltas que los condujeron á las prisiones, de donde sacaron el estigma que los avergüenza; el sonrojo que les causa llevar en el cuerpo el signo de su perversidad ó de su degenerada



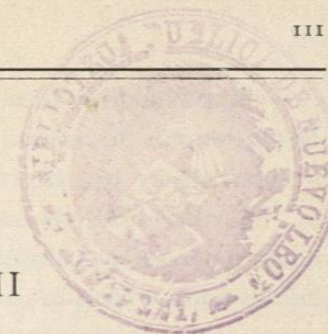
pasión, por más que en muchos de ellos la figura representativa que portan, sea de aquellas que no indican perversión de sentimientos, como una cruz ó un corazón.

En las prisiones y en los cuarteles, cuando saben los asilados que el reconocimiento tiene por objeto la busca de tatuages, es tal la impaciencia que les viene por borrarlos, que se frotan fuertemente la piel con un pedazo de ladrillo hasta hacerse sangre, para presentar su antebrazo, al tocarles el turno, con su inscripción apenas perceptible, pero en cambio bien inflamada la región.

Muchos de esos desgraciados á quienes he preguntado la razón que tienen para ocultar sus tatuages, me han dicho que les da vergüenza que les vean su marca, y añaden que, como estaban *tomados* (ebrios), cuando los pintaron, no quieren que les vean *eso*.

Con motivo de reconocer los tatuages en algunos cuerpos del ejército, residentes entonces en esta capital, pasé á los cuarteles para solicitar de los jefes el permiso respectivo. Se formaron las compañías ó escuadrones para hacerlos pasar ante mi vista, plaza por plaza, en la pieza reservada al efecto, y los soldados que nada tenían se mostraban sin resistencia; pero cuando tropecé con el primer tatuado, copié sus figuras y lo sometí al interrogatorio conducente á mi objeto; cundió el alarma por todo el cuartel, y los defensores de la Nación se manifestaron ofendidos porque se les sometía á una inspección que les avergonzaba. Así se expresaron algunos soldados á quienes no faltó el valor civil necesario para emitir su opinión; pero no obstante esta buena razón, fueron todos reconocidos, y corroboré la idea de que la vergüenza es el sentimiento que los induce á ocultar lo que en otros pueblos es motivo de vanidad.

Traté de borrar algunos tatuages para probar la eficacia del procedimiento de Variot, y otros más vulgares; y muchos á quienes propuse la operación, se manifestaron decididos á aceptarla, pues veían la manera de descargarse de un peso que les era insostenible. Y si otros muchos rehusaron someterse á la dolorosa prueba, no fué por el deseo de conservar sus marcas, sino temerosos de sufrir un dolor, para el que no tenían la fuerza de voluntad necesaria, pues es frecuente en los criminales que alardean de valientes, palidecer y temblar de miedo al considerar el dolor que tienen que soportar, si se les propone una pequeña operación quirúrgica para la que no se hace necesario el cloroformo.



## CAPITULO XII

### Teorías atávicas de Lombroso, y las de sus principales detractores.

**N**ADA más difícil para nosotros, que tratar un punto de nuestro estudio ya debatido por notables antropólogos, y tenémoslas que ver con eminencias que, más de una vez, han conmovido á su ilustrado auditorio con la elegancia de su palabra y la fuerza de sus argumentos; pero nuestras convicciones nos llevan á levantar la cara ante tan altas personalidades, y con el respeto que nos infunde su nombre y con el temor de ser vencidos en la lucha, vamos á exponer nuestras ideas acerca de la teoría atávica de Lombroso.

Pero, como en toda discusión hay que partir de un punto admitido como cierto por ambas partes, que sirva de base á los razonamientos aducidos por los sostenedores de doctrinas opuestas; nos permitimos exponer aquí algunas definiciones que de atavismo han dado algunos naturalistas, para que nos sirva de punto objetivo en la teoría que nos proponemos sostener al lado del eminente antropólogo italiano.

Dicen así: «Se designa por atavismo el hecho de la aparición en un individuo determinado, animal ó vegetal, de caracteres que no poseían sus antecesores directos, pero cuya existencia se demuestra en seres que, por otros títulos, pueden considerarse como figurando entre sus antepasados.»<sup>1</sup>

«Atavismo (de atavus, abuelo). En fisiología, semejanza con los abuelos. Esta semejanza se encuentra en las formas y en las aptitudes.»<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Dic. de antropología, pág. 142, J. L. de Lanessand.

<sup>2</sup> Dic. de Medicina. E. Littré y Ch. Robin.